

Estimado profesor Nowenstein:

Citar el adjetivo “nazi” fue un error, como lo he reconocido, porque se suele asociar únicamente al “holocausto”; pero hay otras muchas cosas características del nazismo, desde su política sindical a la condena del arte no figurativo y de la “entartete Musik”, que no tienen nada que ver con los campos de exterminio. Desde el primer momento dije que lo que estaba comparando era la política recentralizadora del PP con la de Gleichschaltung, que me temía que los lectores desconocerían, y de ahí el añadido “nazi”, y en eso no veo motivos para rectificar. No hubo, por tanto otra “analogía” que ésta; no recuerdo haber sugerido que el PP preparase campos de concentración para exterminar a sus enemigos.

De todos modos es difícil que lleguemos a entendernos, porque hablamos lenguajes distintos. Yo soy un historiador que trata de estudiar la realidad de la evolución política y social del mundo actual en esta era de la desigualdad que está avanzando rápidamente hacia la liquidación de la etapa de progreso social que culminó en la postguerra de la Segunda guerra mundial. La descripción que hago del avance autoritario del PP en ningún momento va encaminada a sugerir que va en dirección hacia la resurrección del nazismo; esta suposición me la atribuye usted gratuitamente.

No miro hacia atrás, sino hacia adelante, a partir de los datos de un mundo actual que presenta rasgos de una evolución preocupante, en que una desigualdad creciente se asienta en una destrucción gradual de los mecanismos de defensa democrática.

Hace tiempo que Shimshon Bichler y Jonathan Nitzan denuncian el riesgo que implica para las sociedades avanzadas un proceso combinado de empobrecimiento de la mayoría y de aumento de la represión, que está conduciendo a una asíntota, a una situación límite, que podría llevar a la ruptura social, como ha sucedido en otras ocasiones en el pasado. A lo que añaden: “como las otras clases dominantes en el curso de la historia es probable que [las nuestras] se den cuenta de que han llegado a la asíntota cuando ya sea demasiado tarde” [1].

Una conclusión con la que viene a coincidir, paradójicamente, Nick Hanauer, un próspero empresario norteamericano -uno de los fundadores de Amazon, entre otros muchos negocios, que se considera a sí mismo como un miembro del 0’01 por ciento de los más ricos- quien sostiene que, si bien alguna desigualdad es necesaria para el funcionamiento de una economía capitalista, el grado actual de acumulación de la riqueza está convirtiendo la sociedad norteamericana en cada vez más semejante a la feudal. “Ninguna sociedad puede tolerar este nivel de crecimiento de la desigualdad. De hecho, no hay ejemplo en la historia de la humanidad de que se haya acumulado una riqueza semejante y no hayan aparecido las horcas de la rebeldía. Mostradme una sociedad muy desigual y os mostraré un estado policía. O una insurrección. No hay ejemplos en sentido contrario. No se trata de si..., sino de cuándo” [2].

Hablar de democracia en un sistema político como el español actual, en que lo que hay es un

sistema de partidos turnantes que se han apoderado de la interpretación de la constitución a través del control del sistema judicial –le recomiendo, sobre esto, el libro del profesor Bartolomé Clavero, España, 1978. La amnesia constituyente, Madrid, Marcial Pons, 2014- no tiene mucho sentido. Esa democracia ha convertido en un sarcasmo el artículo 47 de la constitución –“Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada”- ante la realidad de los doscientos desahucios al día que se han producido en España en el primer semestre de 2014. Pero el fallo fundamental de este supuesto sistema constitucional reside en la evidencia de que no ha servido ni para protegernos de los ataques a nuestras libertades –reforma laboral, ley mordaza, desmantelamiento de los ayuntamientos- ni para poner coto a una corrupción que ha ido adueñándose gradualmente de la administración y de la sociedad españolas hasta extremos nunca conocidos en su historia.

No encontrará usted ni una sola alusión al nazismo en lo que escribo habitualmente, porque lo que trato de explorar es el camino que está siguiendo una sociedad, en términos mucho más amplios que la española, desde que en los años setenta del siglo pasado se inició lo que Paul Krugman llamó la “gran divergencia”, y eso no tiene nada que ver con el nazismo.

Aferrarse a una cita aislada de un artículo, en que se me ocurrió hacer una comparación tal vez desafortunada con la Gleichschaltung –nunca con el nazismo en términos generales- es, cuando menos, un reduccionismo exagerado.

En cuanto a su opinión de que “las protestas que se han producido, cuya amplitud ha ido atenuándose -tengo la impresión- desde la fecha de publicación de su artículo, no le serían muy favorables como indicador”, muestra claramente que su información sobre la realidad española es escasa. Desde las últimas encuestas sobre la intención de voto al encarcelamiento de políticos corruptos, pasando por el escándalo que ha producido saber que se están estrenando unidades del ejército para la represión civil, el panorama está muy lejos de la tranquilidad que usted imagina.

A mi me preocupa una situación como la de España en que hay un paro de más del 20 por ciento, que es de más del 50 por ciento para unos jóvenes que crecen sin esperanzas de futuro, en que la pobreza infantil sigue aumentando y en que los gestores de los “bancos de alimentos” están pidiendo ayuda urgente porque se ven incapaces de hacer frente a las necesidades de la gente que acude a ellos por necesidad. Y la de un mundo en que los hambrientos del África subsahariana se cuelgan de las vallas de Melilla, viendo como juegan al golf del otro lado o se juegan la vida intentando atravesar el Mediterráneo para llegar a un paraíso que no existe.

Entre los historiadores de los que he aprendido lo fundamental de mi oficio figura el Marc Bloch que denunciaba la conducta de quienes se limitaban a investigar en sus despachos en lugar de

salir a la calle a hacerse eco de las necesidades colectivas. Y porque pienso que el oficio de historiador me da herramientas para analizar las corrientes que han engendrado la desigualdad creciente que empobrece a los más, pienso seguirlas empleando en esta faena. Lo hago habitualmente con una base de documentación suficiente, porque soy consciente de que cuando se va contra corriente es necesario cargarse de razones, y tengo la costumbre de no usar adjetivos ni descalificaciones. Someterme a juicio por un adjetivo aplicado desafortunadamente me parece excesivo.

Cordialmente,

Josep Fontana